

SERIE PECADOS II



Rey de la
SOBERBIA



ANA HUANG

CROSS
BOOKS

SERIE PECADOS



Rey de la
SOBERBIA

ANA HUANG

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *King of Pride*
© del texto: Ana Huang, 2023

© de la traducción: Mariona Gastó, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-08-29357-6 (edición en rústica)
ISBN: 978-84-08-29266-1 (edición especial en tapa dura)
Depósito legal: B. 15.322-2024 (edición en rústica)
Depósito legal: B. 15.323-2024 (edición especial en tapa dura)
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Isabella



—¿O sea que *no* le disteis uso a los preservativos fosforescentes que te di? —le pregunté decepcionada.

—*No*. Lo siento. —Tessa me miró divertida—. Era la primera cita. Además, ¿de dónde sacaste esos condones?

—De la fiesta de patines de neón del mes pasado.

Había ido con la esperanza de liberarme un poco del coñazo que era mi vida. No lo conseguí, pero por lo menos salí de allí con un surtido de productos divinamente morbosos que repartí entre mis amigas. Como estaba sufriendo las consecuencias de la norma antihombres a la que yo misma me había sometido, tenía que vivir indirectamente a través de ellas, lo cual resultaba complicado si dichas amigas no colaboraban con la causa.

Tessa arrugó la frente.

—¿Y por qué iban repartiendo condones en una fiesta de patines?

—Porque ese tipo de fiesta siempre acaba convirtiéndose en una orgía gigante —le conté—. Hasta vi a alguien utilizar un preservativo ahí mismo, en medio de la pista de hielo.

—No te creo.

—En serio. —Acabé de reponer las guarniciones y luego me puse a reordenar los vasos y las copas—. Fuerte, ¿eh? Fue gracioso. Aunque también te diré que vi ciertas cosas que me dejaron traumada para toda una semana...

Fui divagando y prestando más bien poca atención a lo que hacía. Después de llevar un año trabajando en el bar del Club Valhalla (una asociación abierta solo a las personas más ricas y poderosas del mundo y muy selectiva a la hora de aceptar miembros), desempeñaba la mayoría de las tareas cual autómata.

Eran las seis de la tarde de un lunes: plena hora feliz en varios locales, pero una hora muerta a más no poder en el Valhalla. Tessa y yo siempre solíamos aprovechar este rato para cotillear y contarnos qué habíamos hecho el fin de semana.

Yo solo estaba aquí de paso; así podía ir cobrando hasta que terminase el libro y lo publicara. Sin embargo, me gustaba trabajar con alguien que me caía bien de verdad. Casi todos los compañeros que había tenido hasta la fecha eran unos cretinos.

—¿Te he contado lo del tío que iba desnudo y con una bandera? Era el típico que sieempre se apuntaba a las orgías esas.

—Eh..., Isa... —Tessa pronunció mi nombre en un tono agudo, algo muy poco característico en ella, aunque me di cuenta de que lo había hecho a propósito. Sin embargo, estaba tan metida en lo mío que seguí hablando.

—Te prometo que jamás pensé que fuera a ver una polla fluorescente en...

Un educado carraspeo interrumpió mi perorata.

Un educado carraspeo mas-cu-li-no que no era el de mi compañera de trabajo favorita ni por asomo.

Me detuve de inmediato. Tessa volvió a soltar un ruidi-

to, angustiada, y eso acabó de confirmar lo que ya sospechaba: el recién llegado era un miembro del club, no la desprecupada de nuestra gerente ni ninguno de los guardas de seguridad que habían venido durante la pausa.

Y acababa de oírme hablar de pollas fluorescentes.

¡Mierda!

El calor me subió a las mejillas. Al carajo lo de terminar el manuscrito. Ahora mismo, lo que más me apetecía era que se abriese un agujero en la Tierra y me tragase entera.

Por desgracia, no hubo señal de temblor alguno, de modo que, tras regodearme en mi propia humillación durante un segundo, me cuadré de hombros, puse mi mejor sonrisa de camarera y me di la vuelta.

Se me helaron los labios incluso antes de que hubiese terminado de dibujar aquella sonrisa, que se quedó a medias, igual que las páginas de internet cuando no acaban de cargarse.

Porque, a menos de un metro y medio de distancia, con expresión divertida y mucho más atractivo de lo que cualquier hombre debería poder ser, tenía a Kai Young.

La humillación se apoderó de mí.

—Siento interrumpir —se disculpó en un tono monocorde que no dejaba entrever pizca alguna de lo que pudiera pensar acerca de aquella conversación—, pero, si es posible, me gustaría pedir una copa.

A pesar del imperioso deseo que sentí de esconderme bajo la barra hasta que se hubiese ido, no pude evitar derretirme un poco al oír su voz. Profunda, agradable y aterciopelada, y con un acento británico tan elegante que nada tenía que envidiarle al de la difunta reina. Se me coló tan dentro que tuvo el mismo efecto que doce chupitos de *whisky* del fuerte.

Noté cómo una ola de calor me atravesaba el cuerpo.

Kai arqueó ligeramente las cejas y entonces caí en que me había ensimismado tanto con su voz que aún no le había respondido. Mientras tanto, Tessa, la muy traicionera, se había escondido en la trastienda y me había dejado ahí sola. «No pienso volver a darle un preservativo en la vida».

—Claro. —Carraspeé en un intento de disipar aquella tensión cada vez más densa—. Pero me temo que no tenemos *gin-tonics* fosforescentes. —«Al menos, no sin luz ultravioleta para que brille la bebida».

Me miró atónito.

—Como la última vez que me oíste hablar de pre..., eh..., artículos de protección... —comenté. Nada. Su reacción fue la misma que si le estuviese hablando de conducir en hora punta—. Ese día pediste un *gin- tonic* de fresa porque yo estaba hablando del sabor de...

A cada segundo que pasaba, iba metiendo aún más la pata. No quería recordarle a Kai que me había oído hablar de preservativos con sabor a fresa en la gala de otoño del Valhalla, pero tenía que decir algo, lo que fuera, para desviar su atención de..., bueno, de mi actual aprieto con un tema parecido.

Si es que debería dejar de hablar de sexo en el trabajo, en serio.

—Da igual —me apresuré a decir—. ¿Lo de siempre?

A excepción de la vez que pidió un *gin- tonic* de fresa, Kai siempre pedía *whisky*, y siempre lo pedía solo. Era más predecible que una canción de Mariah Carey en Navidad.

—Hoy no —respondió como si nada—. Mejor un *death in the afternoon*. —Levantó el libro para que pudiera leer el título que aparecía en la portada: *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway—. Pega más.

Inventado por el mismo Hemingway, *death in the afternoon* —que llevaba el mismo nombre en inglés que su obra *Muerte en la tarde*— era un sencillito cóctel de champán y ab-

senta. Su iridiscente color verde era lo más parecido que había a una bebida cualquiera que brillase en la oscuridad.

Entorné los ojos. No estaba segura de si había sido pura coincidencia o si me estaba vacilando.

Se me quedó mirando con una expresión inescrutable.

Pelo oscuro. Facciones marcadas. Montura fina de color negro y un traje que se le ajustaba tan bien al cuerpo que seguro que se lo habían hecho a medida. Kai era la sofisticación aristocrática en persona y había abrazado el estoicismo británico que la acompañaba.

Se me daba bastante bien eso de leer a las personas, pero ya hacía un año que lo conocía y aún no había conseguido dar con lo que se escondía detrás de esa máscara. Y eso me molestaba más de lo que estaba dispuesta a aceptar.

—Marchando un *death in the afternoon* —contesté por fin.

Me puse a prepararle la bebida mientras él se acomodaba en su asiento habitual, al final de la barra, y sacaba una libreta del bolsillo del abrigo. Aunque parecía que mis manos hubiesen puesto el piloto automático, tenía la atención dividida entre la copa y aquel hombre que estaba ahí, leyendo en silencio. De vez en cuando, pausaba la lectura y escribía en el cuaderno.

No era algo inusual de por sí. Kai solía venir a menudo y se ponía a leer mientras tomaba una copa antes de la hora punta de la noche. Lo que sí era inusual era el día.

Era lunes por la tarde: tres días y dos horas antes de su aparición semanal, que caía siempre en jueves y hacia última hora. No estaba siguiendo su patrón.

Y Kai Young *siempre* seguía su patrón.

La curiosidad y una extraña disnea hicieron que ralentizara el paso mientras le llevaba la bebida. Tessa seguía en la despensa y, cuanto más me acercaba a Kai, más y más ensordecedor se volvía el silencio.

—¿Tomando apuntes? —Le dejé el cóctel encima de una servilleta y desvié los ojos hacia el cuaderno. Lo tenía abierto justo al lado de la novela y las páginas estaban llenas de palabras escritas con una pulcra y meticulosa caligrafía.

—Estoy traduciendo el libro al latín. —Pasó la página y escribió otra frase sin levantar la vista ni tocar la bebida.

—¿Por qué?

—Me relaja.

Pestañeé. Estaba convencida de que lo había oído mal.

—¿Que te *relaja* traducir a mano una novela de quinientas páginas al latín?

—Sí. Si me apeteciera hacer algo que me supusiera un reto a nivel mental, estaría traduciendo un libro sobre economía. Lo de traducir ficción lo reservo para mis horas muertas.

Soltó aquella explicación como si nada, como si fuera algo totalmente habitual y común, al igual que tirar el abrigo en el respaldo de la silla.

Me lo quedé mirando boquiabierta.

—Guau. Es... —Me había dejado sin palabras.

Sabía que los ricos tenían *hobbies* extraños, pero al menos solían ser excentricidades divertidas como organizar bodas fastuosas para sus mascotas o bañarse en champán. El de Kai era aburrido de narices.

Se le encorvó la sonrisa. Me di cuenta de lo que estaba ocurriendo y la vergüenza se apoderó de mí. «Otra vez igual».

—Me estás vacilando.

—No del todo. Me relaja, pero no soy el mayor fan de los libros de economía. Los aborrecí en Oxford —me contó y luego, por fin, levantó la vista.

Se me aceleró el pulso y sentí un nudo en la garganta. Visto de cerca, Kai era tan atractivo que mirarlo directamen-

te a la cara era casi doloroso. Su grueso y oscuro pelo le acariciaba la frente y le envolvía el rostro de una forma que parecía que acabase de salir de la época de los clásicos de Hollywood. Pómulos marcados, mandíbula cuadrada, labios carnosos y unos ojos marrones de mirada profunda que se escondían detrás de unas gafas que no hacían sino sumarle belleza. Si se las quitaba, el atractivo de Kai habría sido más bien frío, casi intimidante a causa de tanta perfección; sin embargo, al llevar las gafas, parecía más cercano. Más humano.

Al menos, cuando no estaba ocupado traduciendo clásicos o dirigiendo el negocio familiar: una empresa de comunicación. Con o sin gafas, los dos aspectos que acabo de mencionar no tenían absolutamente nada de cercano.

Alargó el brazo para coger la bebida y entré en tensión. Seguía con la mano en la encimera. No me tocó, pero mi cuerpo reaccionó de la misma forma que si lo hubiese hecho.

Sentí un cosquilleo por todas partes; noté cierto hormigueo bajo la piel y se me entrecortó la respiración.

—Isabella.

—¿Ajá? —Ahora que lo pensaba, ¿por qué llevaba gafas? Era lo suficientemente rico como para permitirse una cirugía ocular con láser.

Que no me quejaba, eh. Puede que fuese aburrido y un poco estirado, pero era muy...

—Hay un señor en la otra punta de la barra esperando a que lo veas.

Volví a la realidad de golpe y porrazo y no fue agradable. Mientras yo me había mantenido ocupada observando a Kai, el bar se había ido llenando de gente. Tessa estaba detrás de la barra, sirviendo a una pareja muy bien vestida, y había otro cliente esperando a ser atendido.

Mierda.

Fui hacia allí rápidamente y dejé atrás a Kai, que parecía hasta entretenido.

Terminé de servir a ese cliente y luego vino otro y otro. Ya había empezado la hora feliz del Valhalla y no tenía tiempo para perderme entre pensamientos sobre Kai ni sus peculiares técnicas de relajación.

Tessa y yo seguimos trabajando al ritmo habitual mientras íbamos atendiendo a los miembros del club.

El Valhalla tenía un límite de cien miembros, así que incluso las noches en que más trabajo había no se podían comparar al caos de los cuchitriles de la ciudad en los cuales había currado antes. Sin embargo, aunque la clientela fuera más reducida, a los miembros del club había que mimarlos más e hincharles más el ego que al típico universitario o a una soltera borracha. Cuando ya casi eran las doce, yo estaba reventada; suerte que aquella noche no me tocaba el turno entero.

Aun así, no pude evitar desviar la vista hacia Kai en algún que otro momento. Solía irse al cabo de una o dos horas, pero hoy seguía aquí: bebiendo y hablando con otros miembros como si no lo esperasen en ninguna otra parte.

«Hay algo que no cuadra». Dejando de lado lo raro que pudiese ser que hubiera venido hoy a esta hora, su comportamiento era completamente distinto al habitual y, cuanto más de cerca lo miraba, más señales veía que me indicaban que algo no iba bien: tenía los hombros tensos, la frente mínimamente arrugada y sonreía forzosamente.

A lo mejor fue porque me había sorprendido verlo por aquí en un horario tan poco habitual para él o a lo mejor estaba intentando agradecerle que no hubiese pedido que me despidieran todas las veces que me había pillado haciendo comentarios inapropiados (es decir: hablando de sexo en el trabajo). No sé a qué se debió, pero, en un momento de calma, sentí que debía llevarle otra bebida.

Era la ocasión perfecta. La persona con quien había estado hablando hasta ahora se acababa de marchar y Kai volvía a estar solo en la barra.

—*Gin-tonic* de fresa. Invito yo. —Le pasé la copa desde el otro lado de la barra. Lo había preparado apresuradamente porque pensé que sería una forma divertida de alegrarlo un poco a pesar de que me tocara pagar a mí—. Tienes toda la pinta de necesitar un energizante.

En lugar de responder, se limitó a arquear la ceja a modo de pregunta.

—Has venido fuera de tu horario habitual —señalé—. Y tú nunca haces eso a no ser que algo vaya mal.

Relajó un poco la expresión y se le dibujaron unas diminutas arrugas alrededor de los rabillos de los ojos. Aquella adorable expresión tan inesperada hizo que me diera un vuelco el corazón.

«Es solo una sonrisa. Ubícate».

—No sabía que te fijabas tanto en cuándo vengo o deo de venir. —Acompañó las palabras con una sutil risa.

Me sonrojé por segunda vez en lo que iba de noche. «Eso me pasa por ser buena samaritana».

—No es que me fije —contesté a la defensiva—. Llevas viniendo al bar cada semana desde que empecé a trabajar aquí, pero nunca has venido un lunes. Soy observadora; ya está. —Debería haberme callado en ese preciso instante, pero mi boca continuó hablando antes de que el cerebro pudiese actuar—. Tranquilo: no eres mi tipo. No sufras, que no te voy a tirar los tejos.

Eso era cierto. Era consciente de que Kai era atractivo porque, objetivamente, lo era; sin embargo, a mí me gustaban los hombres menos refinados y Kai lo era hasta la saciedad. Y, aunque ese no fuese el caso, fraternizar con los miembros del club estaba estrictamente prohibido. Además, a mí no

me apetecía que mi vida volviese a girar alrededor de un hombre. No, gracias.

Aunque no por eso las traicioneras de mis hormonas dejaban de suspirar cada vez que lo veían. Me molestaba a más no poder.

—Está bien saberlo. —La risa que escondían sus palabras se hizo aún más presente cuando se acercó la copa a los labios—. Gracias. Los *gin-tonics* de fresa son mi debilidad.

Esta vez no es que me diese un vuelco el corazón. Es que se me detuvo en el acto, aunque solo fue un segundo.

«¿Debilidad?! ¿Qué quiere decir con eso?».

«No quiere decir nada —me dijo mi subconsciente—. Está hablando de la bebida, no de ti. Además, no es tu tipo, ¿recuerdas?».

«Cállate ya, metomentodo».

Genial. Ahora las voces de mi cabeza se peleaban entre sí. Ni siquiera sabía que mi subconsciente tuviera más de una voz. Si eso no era señal de que necesitaba dormir en lugar de pasarme una noche más agonizando por el manuscrito, nada lo sería.

—No hay de qué —dije al cabo de poco. Sentí que me latía el pulso con fuerza en los oídos—. Bueno, deberé...

—Siento llegar tarde. —Un hombre alto y rubio tomó asiento al lado de Kai. Tenía una voz fría, al igual que el aire de aquella tarde de finales de septiembre que se le debía haber quedado prendido en el abrigo—. La reunión se ha alargado.

Me miró un segundo y luego desvió la vista hacia Kai.

Pelo rubio oscuro, ojos azul marino, la estructura ósea de un modelo de Calvin Klein y desprendía la misma calidez que el iceberg de *Titanic*. Dominic Davenport, el actual rey de Wall Street.

Lo reconocí de inmediato. Por más que a sus habilidades

sociales no les viniera mal un poco de ayuda, era difícil olvidarse de su cara.

Alivio y una molesta pizca de decepción se apoderaron de mí cuando nos interrumpió. Sin embargo, no esperé a que Kai respondiera. Fui hacia el otro lado de la barra sin poder quitarme de la cabeza lo que acababa de decir sobre su «debilidad», como si tuviese más trascendencia que un comentario cualquiera. Detestaba seguir dándole vueltas.

Si Kai no era mi tipo, yo aún menos era el suyo. Él salía con la clase de mujeres que pertenecían a juntas de organizaciones benéficas, veraneaban en los Hamptons y se vestían con perlas y trajes de Chanel. Lo cual no tenía nada de malo, pero yo no era así.

Culpé de mi exagerada reacción ante sus palabras a mi sequía autoimpuesta. Estaba tan falta de tacto y de cualquier muestra de afecto que si el *cowboy* que se pasaba el día deambulando por Times Square medio desnudo me hubiese guiñado un ojo, seguramente me habría entusiasmado. Nada de eso tenía que ver con Kai en sí.

No volví a regresar en toda la noche a la punta de la barra donde él estaba sentado.

Por suerte, como trabajaba solo medio turno, podría salir temprano. A las diez menos cinco le pasé mis cuentas a Tessa, me despedí y cogí el bolso de la trastienda sin mirar, en ningún momento, a determinado multimillonario con cierta afición por Hemingway.

Juraría que noté el calor de aquellos ojos oscuros acariciándome la espalda cuando me marché, pero no me di la vuelta para comprobarlo. Era mejor vivir en la ignorancia.

A esas horas de la noche, el pasillo estaba vacío y sumido en un completo silencio. Se me iban cerrando los párpados de lo cansada que estaba; sin embargo, en lugar de ir

directa hacia la salida y en busca del confort de mi cama, giré hacia la izquierda y subí por la escalera principal.

Debería haberme ido a casa para alcanzar mi objetivo diario de palabras, pero primero necesitaba inspirarme un poco. Si seguía con la mente en blanco, el estrés de no saber qué escribir al abrir el documento no me permitiría concentrarme.

Las frases solían salirme solas. De hecho, escribí tres cuartos de mi *thriller* erótico en menos de seis meses. No obstante, al leerlo, no me gustó nada y lo hice trizas, dispuesta a empezar una nueva obra. Por desgracia, al destruir aquel primer borrador, también me cargué la creatividad que me había acompañado.

Subí hasta el segundo piso. Los trabajadores no tenían acceso a las instalaciones del club en horario laboral; sin embargo, a pesar de que el bar siguiese abierto hasta las tres de la madrugada, el resto del edificio llevaba cerrado desde las ocho. Tampoco es que estuviese infringiendo ninguna norma al visitar mi sala favorita para relajarme un poco.

Aun así, caminé con delicadeza por aquella alfombra persa. Al final del todo, pasadas las salas de billar, el salón de belleza y aquella estancia que parecía estar decorada al más puro estilo parisino, alcancé una familiar puerta de madera de roble. Agarré el frío y liso pomo de latón y la abrí.

Quince minutos. No necesitaba más. Luego me iría a casa, me pegaría una ducha, daría el día por terminado y me pondría a escribir.

Sin embargo, como siempre, fue sentarme y perder la noción del tiempo automáticamente. Quince minutos se convirtieron en treinta, luego en cuarenta y cinco y, al final, estaba tan metida en lo que hacía que ni siquiera me di cuenta de que la puerta se abría detrás de mí.

Hasta que ya fue demasiado tarde.